

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

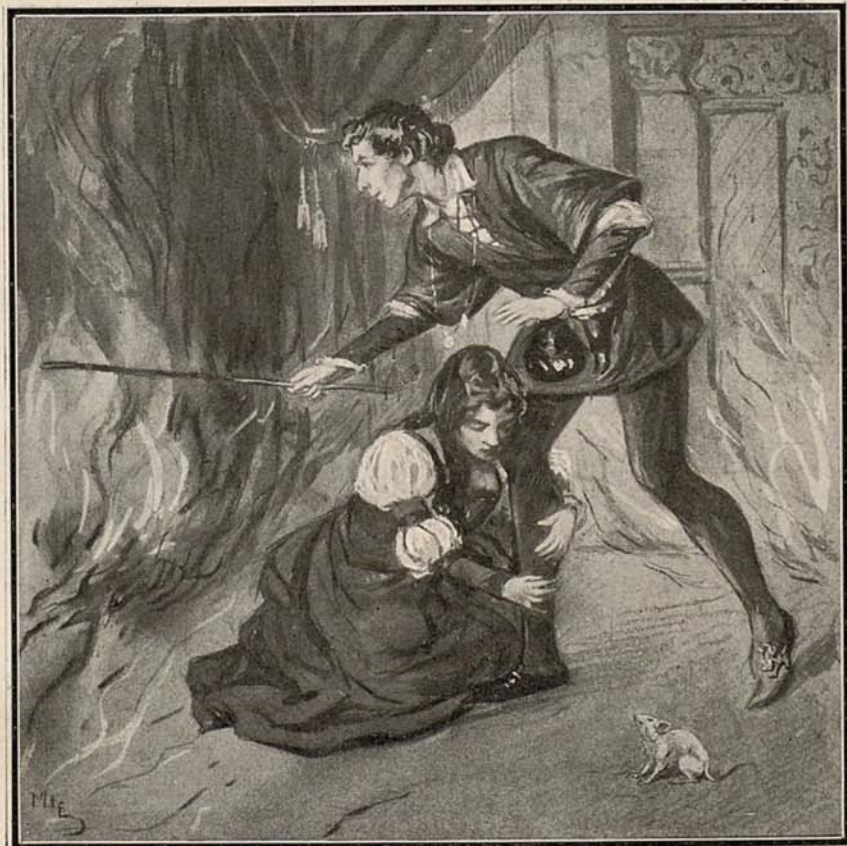


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS.

AÑO III.

MADRID, 9 DE FEBRERO DE 1908

NÚMERO 6



EL RATON GRIS

CONJINUACIÓN

Pero pocas horas después de tu nacimiento, tu madre sintió dolores muy vivos que yo no podía calmar; me ausenté un instante para invocar el auxilio de la reina de las hadas. Cuando volví, tu madre no existía. La infame hada se aprovechó de mi ausencia para matarla, é iba á dotarte de todos los vicios y defectos posibles, pero felizmente

Ayuntamiento de Madrid

mi vuelta paralizó su maldad. Ya te había provisto de una curiosidad que debía ser causa de tu desgracia, y á los quince años tenías que quedar bajo su completa dependencia. Por mi poder pude conseguir que la reina de las hadas contrarrestara esta fatal influencia, y decidimos que no cayeras en su poder á los quince años, á no ser que sucumbieras tres veces á la curiosidad en circunstancias graves. Al mismo tiempo la reina de las hadas, para castigar á la Detestable, la convirtió en ratón, la encerró en la casita que tú has visto, y dijo que no podría volver á salir, no siendo en el caso de que tú misma, Rosalía, le abriesses la puerta voluntariamente; que no podría volver á tomar su primitiva forma de hada más que en el caso de que sucumbieras tres veces á la curiosidad hasta la época de los quince años; en fin, que si resistias por lo menos una vez á este funesto defecto, te verías libre para siempre, y yo lo mismo, del poder de la Detestable. No obstante todos estos favores, sentía gran pena, Rosalía, y prometí que protegería tu suerte y que vendría á ser esclavo de la Detestable, si te dejabas llevar tres veces de la curiosidad. ¡Ay, Rosalía, procura resistir y nos salvaremos; no está en mi poder permanecer á tu lado, estoy bajo el dominio de mi enemigo, que no me permitirá estar cerca de ti para que no te advierta de los peligros que te propondrá su maldad! Lo que me extraña en extremo es no haberle visto todavía, pues el espectáculo de mi aflicción debe ser para él sumamente agradable.

—Estoy cerca de ti, á los pies de tu hija—dijo el ratón gris con su vocecita agria.—Me ha hecho gozar sobremanera el relato de tus sufrimientos. Di adiós á tu querida Rosalía, pues me la llevo conmigo, y te prohíbo seguirla.

Y diciendo esto, asió con sus dientecillos agudos el borde del vestido para que le siguiera. Rosalía dió penetrantes gritos y se agarró á su padre; pero una fuerza irresistible la arrastraba. El infortunado genio cogió un palo y lo levantó sobre el ratoncito; pero apenas tuvo tiempo para cogerlo, cuando el ratoncito puso su patita sobre el pie del genio, que quedó inmóvil como una estatua. Rosalía estaba abrazada á las rodillas de su padre y pedía gracia al ratón; pero riéndose, con su risita aguda y diabólica, le dijo:

—Ven, ven; aquí no encontrarías motivo para sucumbir las otras dos veces á tu gentil defecto; nos iremos á correr el mundo y te haré ver todo el país en quince días.

El ratón tiraba de Rosalía, que, con los brazos enlazados alrededor de su padre, resistía á la fuerza extraordinaria que empleaba su enemigo. Entonces el ratoncito dió un grito discordante, y súbitamente toda la casa se incendió. Rosalía tuvo la suficiente presencia de ánimo para reflexionar que si se quemaba, perdía todos los medios para salvar á su padre, que quedaría para siempre en poder de la Detestable, en tanto que conservando su propia vida conservaba también la esperanza de salvarlo.

—Adiós, padre mío—gritó;—hasta dentro de quince días. Vuestra Rosalía os salvará, puesto que os ha perdido.

Entonces escapó para no ser devorada por las llamas. Corrió sin saber dónde iba; así anduvo mucho tiempo; por fin, rendida de fatiga y medio muerta de hambre, se arriesgó á dirigirse á una buena mujer que estaba sentada á la puerta de su casa.

—Señora—la dijo,—¿queréis darme asilo? Me muero de hambre y fatiga; permitidme entrar y pasar la noche en vuestra casa.

—¿Cómo una niña tan bonita se encuentra en este camino, y quién es este animal que os acompaña y que parece el demonio?

Rosalía se volvió y vió al ratoncito que la miraba con aire burlón. Quiso echarle, pero el ratoncito se empeñó obstinadamente en no irse. La buena mujer, viendo esta lucha, volvió la cabeza y dijo:

—Seguid vuestro camino, que yo no alojo en mi casa al diablo y sus protegidos.

Rosalía continuó su camino llorando; en todas partes donde se presentaba, se negaban á recibirla por el ratoncito, que no la dejaba nunca. Entró en un bosque, en el que encontró felizmente una fuente donde aplacar su sed, y frutas en abundancia; bebió, comió y se sentó al pie de un árbol pensando con inquietud en su padre y en lo que sucedería durante los quince días. Así reflexionando, Rosalía, por no ver al maldito ratón gris, cerró los ojos; la fatiga y la obscuridad llamaron al sueño, y se durmió profundamente.


Continuara.





EL TRIGO

Según algunos autores, el trigo no ha existido siempre; es decir, la primitiva planta de donde procede no era, ni con mucho, tal como la que se viene cultivando desde la más remota antigüedad.

 Piensan los que tal opinan, que el trigo es producto de la labor y el trabajo humanos, en el sentido de que el cultivo lo ha ido mejorando, y que la planta originaria era mucho más débil, mucho menos abundante en grano, y éste no producía harina de tan buena calidad ni tan rica en principios nutritivos.

El parecer más generalizado es que el trigo proviene del Oriente, como la civilización. Lo cierto es que se ha encontrado en los sepulcros egipcios, y que algunas estatuas de aquel tiempo ostentan en la mano espigas como atributo. Hay quien afirma que, una vez sembrados, han germinado los granos hallados en los sepulcros, hecho que, de ser cierto, parecería milagroso, dado que la acción de los siglos ha debido matar en absoluto la planta.

El cultivo del trigo no requiere cuidados extraordinarios y costosos; se produce bien en terrenos calcáreos y arcillosos; no necesita más agua que la que las nubes suministran (aun cuando un riego inteligente favorece el crecimiento de esa planta y aumenta la riqueza de sus espigas), y el grano se conserva mucho tiempo si se tiene cuidado de guardarlo en sitio fresco y seco.

Para demostrar la fecundidad de esta gramínea, que tal es el nombre que en botánica tiene la familia á que el trigo pertenece, relataremos un hecho absolutamente verídico, ocurrido no hace muchos años.

Una niña cuidaba con esmero unas macetas de claveles, que sacaba al balcón todos los días para que les diera el sol y el aire puro.

Sorprendióse viendo que en una de ellas brotaba una planta que en nada se parecía á las matas del clavel; fué creciendo ésta poco á poco, y se encontró la niña con que la planta desconocida era trigo que, sin duda, algún pájaro llevaba en el pico y dejó caer casualmente sobre la tierra de la maceta.

Maduró la espiga, los granos que contenía fueron guardados en una caja, y en otoño, los sembró en una maceta más grande.

En la primavera, apenas cabían las plantas en la maceta; la cosecha fué espléndida, y ya tuvo la niña de nuestra historia que sembrar los granos en un rincón del jardín. Este rincón fué pequeño también para contener el trigo que se recogió el tercer año, y hubo que destinar un gran trozo de huerta á la siembra del grano recolectado.

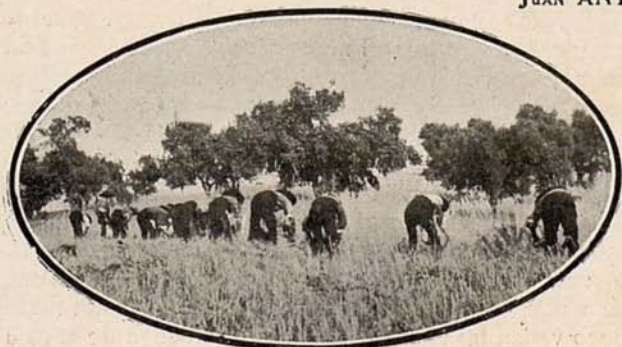
Pero como siguió aumentando la cosecha, tuvo la niña que consultar con sus padres qué debía hacer con el trigo que reunió el cuarto año, puesto que el trozo de huerta era ya pequeño para tanto grano, y entonces la permitieron que lo sembrase en un campo inmediato.

El quinto año reservaron la cantidad de trigo necesaria para la siembra, vendieron en el mercado lo sobrante, y la suma producida por la venta fué impuesta en la Caja de Ahorros, á nombre de la pequeña cosechera, que así, andando los años, llegó á reunir una dote adquirida con bien poco trabajo, viéndose recompensada con creces de las molestias que se tomó para cuidar aquella primera planta que, impensadamente, nació en la maceta de claveles.

Para demostrar la exactitud de esta historia basta fijarse en que una espiga de trigo contiene, por término medio, unos ochenta granos, y que cada uno de ellos puede producir hasta diez espigas. Luego es posible recoger ochocientos granos en la primera cosecha; seiscientos cuarenta mil en la segunda; quinientos doce millones en la tercera, y así sucesivamente.

Y es que la Naturaleza es generosa y premia con desprendimiento á quien en ella confía y le dedica un trabajo asiduo y cuidadoso.

JUAN ANTON



LA SIEGA

Ayuntamiento de Madrid



EL TIBURON

Habiendo leído Rafaelín, precioso niño de ocho años, que estando bañándose un hombre en la playa de Alejandría había sido devorado por un tiburón sin que nadie pudiera ampararlo, entró en ganas de saber qué bicho sería aquel que así se engullía una persona como si fuera un bizcocho.

—¿Quieres decirme—preguntó á su padre—qué es un tiburón?

—El tiburón, hijo mío, es un pez monstruoso, de cuatro metros de largo, que gusta de ir junto á las costas y de nadar casi á flor de agua.

Va siempre con la boca abierta, engullendo todo lo que encuentra á su paso, sin que baste á su voracidad el continuo trabajar de sus cuatro filas de puntiagudos dientes.

—¿Has visto tú alguno?—interrumpió Rafaelín.

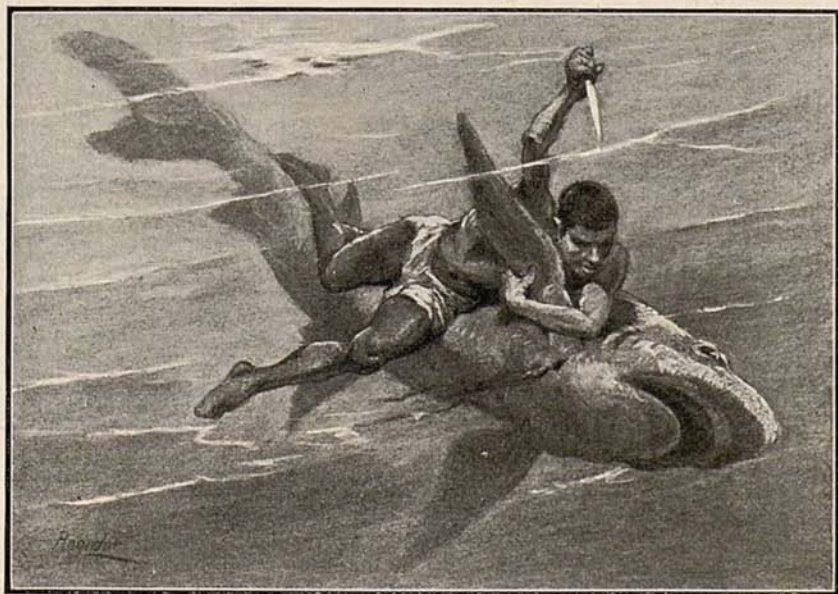
—¡Ya lo creo, hijo mío...! Y por cierto que no se me olvidará nunca una escena que presencié viniendo de la Habana. Llevábamos un viaje delicioso. Navegábamos bajo un cielo azul, iluminado de día por el sol y de noche por el melancólico resplandecer de la luna; el mar, en calma, se ofrecía á nuestra vista como una inmensa sábana ligeramente plegada sobre sí misma, y la tranquila brisa apenas rozaba las ondulantes cintas de las olas. Desde que habíamos salido del puerto venía escoltando nuestro buque un enorme tiburón. Los pasajeros, acodados en la borda, lo veíamos nadar incansable, sin apartarse apenas del casco de la embarcación, esperando que cayera alguna presa para atraparla con sus mortales fauces. Cierta tarde, á la vista del monstruo, suscitóse la conversación acerca de los tiburones y de su pesca. Uno dijo que no servían contra ellos las armas de fuego; otro que tampoco valían las redes, porque se escapaban de ellas después de

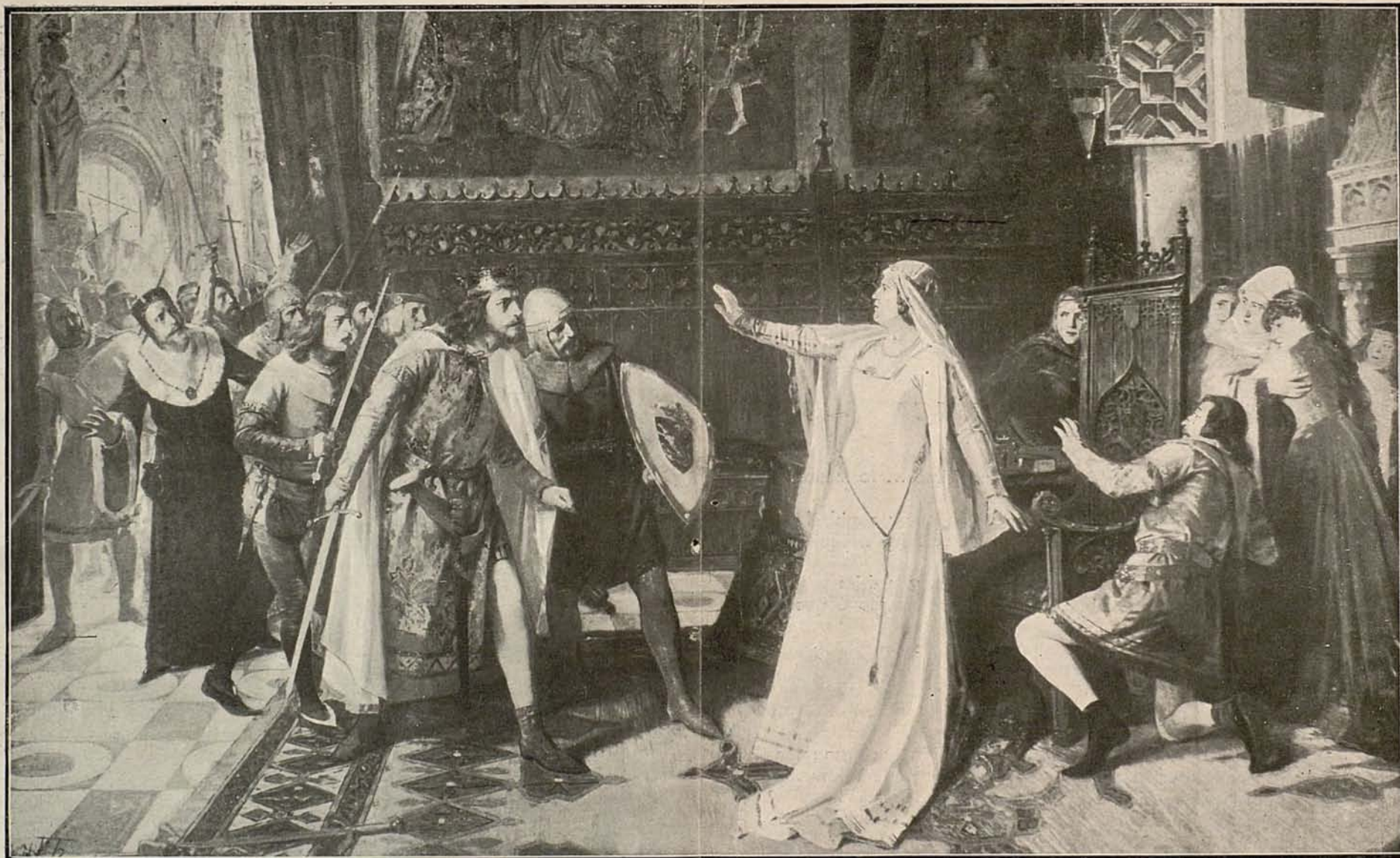
destrozarlas, y otro que el mejor procedimiento para pescarlos era arrojarles un anzuelo de hierro, cebado con tocino y sujeto á una cadena, con la cual se izaría al tiburón cuando hubiera hecho presa en el cebo. En este punto estaba la conversación, cuando Pancho, un negro que cuidaba de limpiar la cocina, nos dijo con la mayor naturalidad que si le dábamos unas monedas, se tiraría al agua y mataría al tiburón. Estupefactos nos quedamos al oírle; pero unos marineros que por allí andaban nos dijeron que no tuviéramos cuidado; que para Pancho el matar un tiburón era cosa tal como beberse un vaso de agua, y que ya en otras ocasiones había realizado tal hazaña. Tratábase sencillamente de aprovechar el momento en que el monstruo se vuelve de costado para atacar, cogiéndolo de una de sus aletas pectorales y apuñalándole el blanco vientre. Con estas afirmaciones accedimos á soltar el dinero, y Pancho, sujetando con los dientes un afiladísimo cuchillo, se lanzó al mar... Lo que siguió después fué de una brutal rapidez. Ambos combatientes se encontraron entre un remolino de blanca espuma, y tras una lucha breve y fugaz, medio oculta en el misterio de las alborotadas aguas, el infeliz negro desapareció, lanzando un grito de agonía... ¡Había muerto...!

—¡Qué lástima, papá...!—exclamó Rafaelín.—¿Pues no decían que Pancho estaba hecho á matar tiburones...?

—Sí, hijo mío, sí. Y aun estaría acostumbrado á sortear sus ataques desde niño; pero he aquí lo que ocurre cuando se juega con el peligro: que tarde ó temprano se cae en él...

José A. LUENGO





DOÑA MARIA DE MOLINA AMPARANDO AL INFANTE DON JUAN

CUADRO DE V. BORRÁS

Celebráranse Cortes en Alfaro, en la misma morada de los Reyes de Castilla, cuando D. Sancho IV *el Bravo*, intimó á D. Juan de Haro y á su yerno el infante D. Juan á que le devolviesen los castillos y plazas que tenían en su poder. D. Lope acometió al Rey, y fué muerto por los cortesanos. D. Juan, que hirió con un cuchillo á dos criados del Rey, fué perseguido por éste, y se salvó de su cólera por haber sido amparado por la Reina, que acudió al oír desde su cámara el alboroto. Mal pagó D. Juan este amparo, pues durante la regencia de ésta, fué uno de los rebeldes que más 'a combatieron.



CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

Pasaron días... una atrocidad de días... muchísimos... lo menos seis, y nada, ni una palabra.

—Decididamente—pensé—están esperando que yo pida la institutriz. ¡Dios mío! ¡Luego dicen que soy terca! ¡Pues mire usted que ellos!

Un día me decidí: dí un beso muy fuerte á mamáita, y la dije:

—¿Cuándo me vais á preguntar que si quiero ir al colegio ó que venga aquí una profesora?

La cara de mamá se puso la mar de alegre, y me dijo:

—¿De veras quiere mi Piluca ir al colegio?

—¡Ay, yo no! Pero como me lo dijisteis un día...

—¿Y para qué quieres que te lo vuelva á decir?

—Pues... para decir que no.

¡Anda salero! ¿Por qué diría yo eso? ¡Qué enfadadísima se puso mi madre! Tanto se enfadó, que hasta me pareció que empezaba á llorar.

¡Ay, Dios mío! ¡Eso sí que no lo pude resistir! ¡Mamá llorar por lo que yo dije! ¡Qué pena! Figúrense ustedes si me daría pena, que empecé á patalear y á rabiarse muy fuerte, y á gritar diciendo:

—¡No quiero que llores tú!, ¡no me da la gana verte llorar!

Bueno; entonces mamá fué y me cogió en brazos; creí que me iba á dar azotes, y ya estaba dispuesta á chillar mucho; pero no, señor; mi mamá me apretujó contra ella, me dió muchos besos, y, llorando, decía:

—¡Pobre Piluca!, ¡pobrecita niña de mi alma! ¡Cuánto te espera sufrir con el genio que tienes! ¡Qué desgraciadita serás!

Yo no sé lo que me pasó entonces, me quedé de pronto calladita y

pensando, ¡pensando tantísimas cosas...! Yo no lo sé explicar... y quisiera explicarlo... El caso es que yo nunca me había figurado que por no querer estudiar, y rabiar de vez en cuando, ocurriese nada malo, y entonces empecé á creer que sí, pues mi madre lloraba. En fin, nó sé; pero yo de pronto me decidí; parecía que tenía alguien dentro que me decía: «anda, rabia otro poquito, y dí que no», pero yo dije de repente:

—¡Ea, no me da la gana; no quiero y no quiero, pero lo que no quiero es que tú llores ni que me digas que van á pasar muchas cosas malas! Estudiaré, pero en casita, mamá, no me gusta ir al colegio; con una profesora haré lo que tú me mandes y seré buena; me asusto mucho de las cosas malas que dices que ocurrirán. Pero ¿no se reirá la profesora de mí cuando sepa que me llamo Piluca? ¿Me dejará ir á paseo? ¿Me pegará mucho? ¿Me dejará comer dulces? ¿Será muy fea? ¿La podré dar un pellizco cuando tenga yo mucha rabia? ¿Se enfadará si la hago burla? ¿Cuándo dará lección? ¿Se reirán mis hermanos cuando vean que doy mal la lección...? ¿Porque la daré mal! ¿La pondrá el chiquitín otro mote como á mí? ¿Cuándo vendrá? ¿Mañana? ¿El mes que viene? ¿Podré darla patadas?

Mi mamá empezó á reirse mucho, mucho.

—¡Vaya! ¡Me alegro! ¡Ya te ríes...!

—¡Claro! ¿No me he de reír, si me has hecho un verdadedero charpón de preguntas en medio minuto? No te preocupes, nenita—añadió,—ya que eres una niña obediente y buenecita, no te preocupes de más, que ya verás como todo te sale bien.

—¿Soy buena?—pregunté

—¡Ya lo creo!—dijo mamá.—¡Más de lo que tú misma crees! Fíjate, pitusa; te ha hecho ser obediente el verme á mí llorar y el que te dije que ibas á ser desgraciada! Eso me demuestra que eres reflexiva y que me quieres, y las niñas que tienen esas condiciones son buenas, y yo estoy ya segura de que tú lo vas á ser.

¡Ser yo buena! ¿Será verdad? ¡Siempre había oído decir: «¡Qué mala es Piluca!» «Qué tercal!» Así es que oír decir á mamá que soy buena, me dió tanto gusto, que me entraron muchas ganas de serlo de verdad.

Conque ya lo saben ustedes: Su amiguíta Piluca es buena.

MARÍA A. OSSORIO Y GALLARDO





EL PRINCIPE HEREDERO DE SAJONIA, COBURGO Y GOTHA

De los 26 Estados que componen el Imperio alemán, es uno el ducado de Sajonia, Coburgo y Gotha, organizado en 1825 como una Monarquía constitucional. El duque soberano es en la actualidad Carlos Eduardo, que nació en 1883. Su heredero es el príncipe Juan Leonoldo, que nació en Agosto de 1906.

Ayuntamiento de Madrid



DON ALFONSO X EL SABIO

Don Alfonso, rey de León y de Castilla, el X de los que llevaron este nombre, es más conocido por el sobrenombre de *Sabio*, que con gran justicia le fué otorgado. Causa maravilla realmente que un soberano cuyo reinado fué una serie de guerras y disturbios que apenas le dejaban punto de reposo, llegara á ser, como lo fué D. Alfonso, notable en geometría, astronomía, ciencias físicas, jurisprudencia, teología, historia y poesía. Hombre dotado de tal entendimiento y poseedor de unos conocimientos asombrosos para aquellos tiempos, fué en cambio un gobernante desdichado.

Hijo del rey santo Fernando III y de su esposa Beatriz de Suabia, nació el 23 de Noviembre de 1221, y sucedió en el trono á su padre á los treinta y un años de edad.

Había recibido una esmerada educación, y ya en vida de su padre se había distinguido en algunas campañas contra los musulmanes.

Aliado con el rey de Granada, conquistó varias tierras de los moros, y adquirió las plazas de Los Algarbes en Portugal. Pronto comenzaron las rebeldías de los magnates que tanto alteraron su reinado. Don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, y su hijo ofrecieron sus ser-

vicios al rey de Aragón, y el infante D. Enrique, gobernador de Arcos y Lebrija, imitó este ejemplo.

A la muerte de Guillermo de Holanda quedó vacante el trono de Alemania, y algunos electores apoyaron la candidatura de D. Alfonso, y otros la de Ricardo de Cornualles.

Durante dieciocho años defendió D. Alfonso su derecho, y en esta gestión gastó caudales inmensos que le obligaron á recargar los tributos, lo cual produjo grave disgusto en su reino.

Después de nuevas guerras con los moros y nuevas revueltas de los grandes, surgió la cuestión de la sucesión á la corona.

El hijo mayor de D. Alfonso, D. Fernando de la Cerda, había muerto dejando un niño, y según las leyes de *Partida*, que acababa de redactar el Rey, «si el hijo mayor del Rey moría antes de heredar el trono y dejaba hijo ó hija, éstos lo heredarían y no otro alguno»; pero el hijo segundo del Rey, D. Sancho, pretendía ser heredero de la corona, y sus partidarios, que eran muchos, le juraron como tal en las Cortes de Segovia.

D. Alfonso, en vista de la penuria de dinero, creyó que era un remedio de esta crisis alterar el valor de la moneda, con lo que se ganó grandes antipatías del pueblo.

Alarmado el Rey ante la ambición de su hijo D. Sancho, tuvo tratos con Francia para que á su nieto Alfonso de la Cerda se le diera el reino de Jaén. Opúsose el infante D. Sancho, le amenazó su padre, y el hijo desnaturalizado se rebeló abiertamente contra él.

Sus parientes, los magnates, sus vasallos fueron abandonando á don Alfonso, y quedó reducido á la ciudad de Sevilla. A esto alude la tradición que supone que en el escudo de Sevilla hay un jeroglífico que dice: *No madeja do* (no me ha dejado). La guerra de su hijo le produjo tan amargo dolor, que D. Alfonso murió en Abril de 1284.

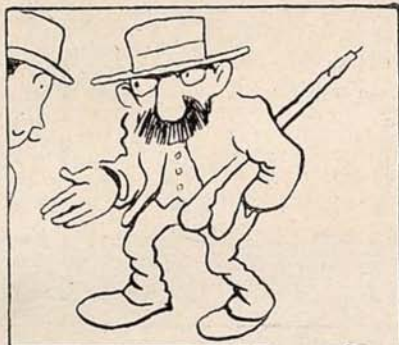
Este Rey infortunado dejó justísima fama en la Historia de sabio legislador, por haber sido autor del Código titulado *Las siete partidas*.

La lengua castellana y la cultura general del país le debieron grandes beneficios. De las obras que el Rey escribió ó por su mandato fueron escritas, los autores forman seis grupos: 1.º Obras poéticas, como las *Cantigas* y *Las Querellas*. 2.º Libros orientales. 3.º De recreación, como los *Juegos* y la *Montería*. 4.º Historia, como la *Crónica general* y la *Grande y general Historia*. 5.º Obras científicas, como las *Tablas astronómicas*; y 6.º Obras jurídicas.

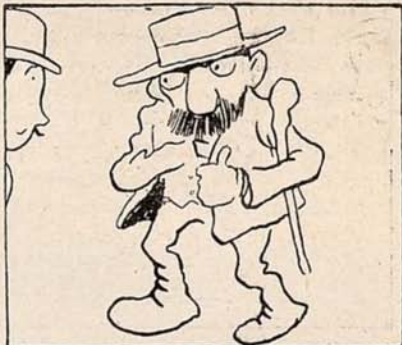


MONEDAS DEL REINADO DE D. ALFONSO X

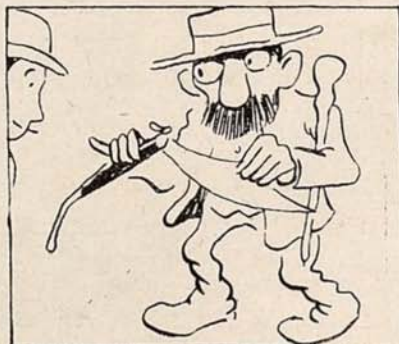
LAS ARMAS



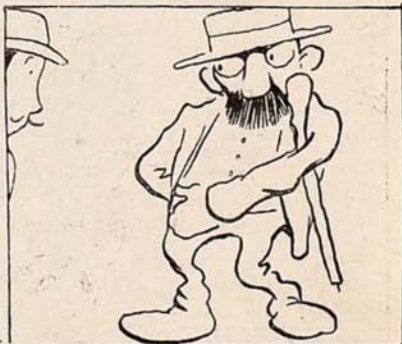
1.—Pero joven incauto, ¿anda usted de noche por esas calles sin llevar ningún arma para su defensa? Hace mal.



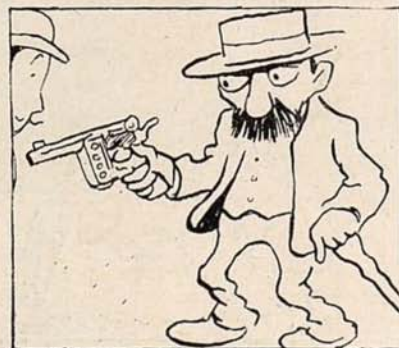
2.—Debía llevar en el bolsillo una pequeñez como yo llevo. Porque nadie sabe lo que puede suceder. ¿Estamos?



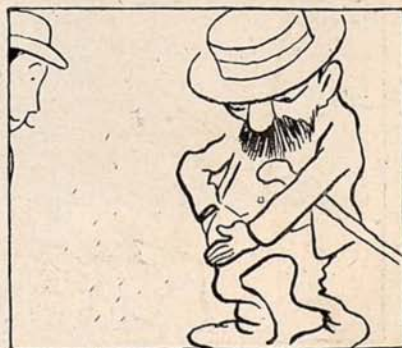
3.—Vea usted: una navajita monísima del propio Albacete, con una sinfonía de muelles que da gusto oírla. ¿Verdad?



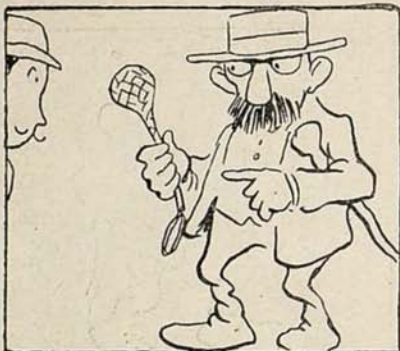
4.—Pues espere un momento, buen amigo, que le voy a enseñar otra preciosidad que llevo en este otro bolsillo.



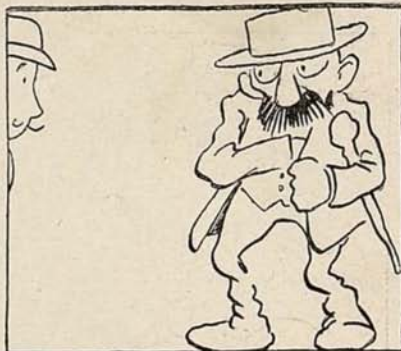
5.—¿Eh? ¿Qué le parece? Simplex. El último modelo de su clase. ¿A usted no le gusta llevar armas de fuego?



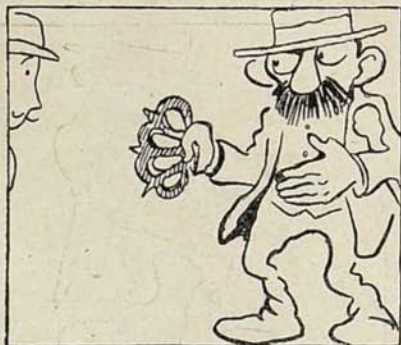
6.—¡Acabáramos! En ese caso, yo le aconsejaría que no saliera nunca de casa sin llevar una cosa por este estilo.



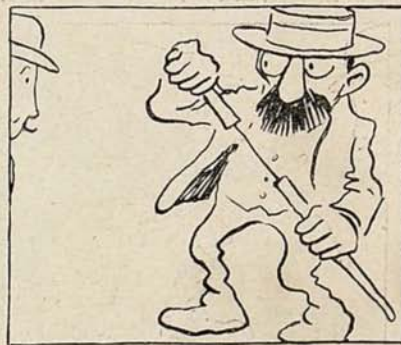
7.—Véase la clase. Un rompecabezas, que las rompe realmente sin hacer el menor ruido.



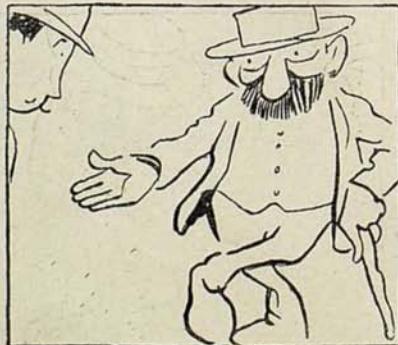
8.—Me dirá usted que esto ocupa mucho y molesta; pero todo tiene su remedio, y aquí tiene algo más cómodo.



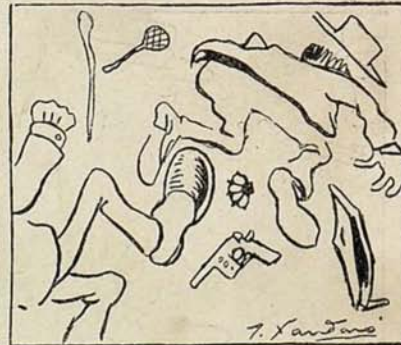
9.—Esto es cómodo, práctico, rápido; ¡zas! ¡zas! No me diga usted que esto abulta ni incomoda al que lo lleva.



10.—Créame usted, joven incauto, por las calles no se puede ir de noche como usted va, sin llevar un arma.



11.—Porque le puede á usted ocurrir lo que ahora que me va usted á tener que dar el reloj y todo lo que lleve.



12.—¡Ca, hombre! ¡No ve usted que para casos como éste llevo unos zapatos yanquis de primer orden!